

El arte de Armando Bergallo fascina al público francés

El artista plástico uruguayo se encuentra instalado en la ciudad francesa de Aquitania desde hace 14 años.

Escrito por Heber Perdigón, Francia Última actualización Sep 22, 2019

El uruguayo Armando Bergallo, residente en Aquitania, Francia, desde 2005, ha creado junto a su amigo Freek Van Flei, director de comunicación y organizador administrativo, un espacio dedicado exclusivamente a la multiplicación de experiencias creativas en plena naturaleza francesa en la región de Aquitania, en el Lot-y-Garona, a 500 km al suroeste de París.

Transformaron dos antiguos depósitos de granos en atelier y galería, en donde el artista libera su imaginación explosiva. Días pasados Bergallo inauguró su última exposición anual «Lumières d'Aquitaine»; reunió a más de 300 personas en el Atelier Lalandusse.

Coleccionistas internacionales y amateurs de arte llegaron hasta el lugar para descubrir sus últimas creaciones. Su extensa trayectoria artística incluye todos los medios de expresión: pintura, esculturas, instalaciones.

Desde muy temprana edad el artista descubrió su fascinación por la creación artística pluridisciplinaria. Luego de más de 50 años dedicados al arte, sigue dedicándole su vida al arte, su pasión.

Algunas de sus creaciones han marcado su trayectoria artística. Armando Bergallo, muy cerca de la naturaleza, encontró en Aquitania su fuente de creación. Codirector del «Taller de Montevideo», 1963-1976, codirector del «Taller Ámsterdam», 1977-2004.

Su trabajo ha sido presentado en bienales y museos, París, Centro Pompidou, Venecia, Instituto de Arte Contemporáneo de Londres, Museo de Arte Contemporáneo de Chicago, Museo Het Stedelijk de Ámsterdam, Intercambios Artísticos Bilaterales, Ámsterdam-Berlín, Festival de Otoño de Paris, Het Holland Festival, Festival de Lille, Festival Sigma, Burdeos.

«Guiado por el deseo de formas y colores, me dirijo al mundo de la música, la poesía, la danza, el video, el teatro. Cada creación es para mí el resultado de un inevitable ida y vuelta, entre el arte y la vida», dijo Bergallo.

¿Qué formación artística recibiste en Uruguay?

Con 17 años había empezado a hacer trabajos en distintas disciplinas, algunos amigos me llamaban Leonardo, como si quisiera hacer todo.

El encuentro con la que era en ese momento mi profesora de historia en el liceo, Totó (Julia) Añorga cambió mi vida.

Ella se interesó en distintas cosas que yo hacía, y me presentó a José Gurvich, su marido -fue fundamental-. Ahí todo se organizó de una manera muy clara a tal punto que, si Gurvich hubiera sido coreógrafo, yo lo hubiera seguido.

Fue la personalidad de un verdadero artista, no tiene nada que ver con tomar clases en una academia, fue una experiencia humana y artística completa. Fue un enorme privilegio estar cerca de este poeta, pintor, una persona con una puerta abierta hacia el mundo espiritual, hacia el mundo de la creación.

Con una exigencia enorme, Gurvich exigía y exigía, había que trabajar. El trabajo era una ida y vuelta, entre trabajo y placer, sentía que estaba entrando en esa área de la creación, Gurvich lo transmitía de una manera excepcional.

A partir del año 1959 empieza una formación rigurosa, la disciplina que el maestro Gurvich había heredado de Torres García; su interpretación era muy personal dado su origen judío, nacido en Lituania.

A los 4 años llega a Montevideo y va a estudiar música y así conoce a Torres García -entra en el mundo de la pintura-. El universalismo constructivo de Torres estaba muy presente en su enseñanza. Leímos religiosamente todas las semanas las lecciones del famoso universalismo constructivismo de Torres, la mística de la pintura, con la interpretación mágica y poética de Gurvich.

¿Qué influencia tiene Torres García en tu trabajo?

Quien puede ver lo que hago ahora o lo que he hecho hace 40 o 50 años, podrá decir que eso es completamente distinto de lo que conocemos como escuela constructivista de Torres.

Creo que detrás de todas las apariencias hay un criterio de armonía de estructura, de concepción del espacio que viene de ese origen. Es una suerte si he podido dar una imagen personal de esa historia. Todo lo que he hecho hasta ahora no hubiera sido posible sin haber tenido este comienzo tan fuerte.

Fuiste cofundador de Taller Ámsterdam. ¿Cómo fue el inicio?

Recibimos una invitación del Ministerio de Cultura de los Países Bajos, para un viaje oficial, Ernesto Vila se integra al grupo, era también alumno de Gurvich, tenía la misma línea de formación que la nuestra. Realizamos la primera exposición en La Haya.

Estábamos en Ámsterdam y representábamos a Holanda, no podíamos continuar como Taller de Montevideo. El Taller de Montevideo existió desde 1963 hasta 1976. A partir del 1977 fue remplazado por el Taller Ámsterdam. Seguía con las mismas reglas, muy puritanos en algunos aspectos. El tema del erotismo era censurado. El taller se autocensuraba.

¿Por qué elegiste Ámsterdam para vivir?

Héctor Vilche estaba viviendo en París, yo en Ámsterdam. Hicimos un pacto, el primero que encuentre un lugar adecuado para desarrollar ambiciones muy grandes, ahí nos quedamos. Encontré en Ámsterdam un lugar ideal en el corazón de la ciudad, en uno de los cuatro canales famosos.

En ese espacio fue el centro de trabajo. La presentación se hizo en Berlín por las relaciones bilaterales. Siempre volvíamos a Londres desde Ámsterdam, se expuso en el

Institute of Contemporary Art, muy significativo para nosotros, puesto que fue el primer lugar que mostró a Picasso. Empezaron muchos proyectos internacionales pero la base estaba en Ámsterdam.

Viviste algunos años en Londres. ¿Qué te dejaron los años de Londres?

Londres era el lugar ideal para desarrollar una actividad artística en ese momento, el centro de todas las experimentaciones artísticas.

En el año 1967 nos instalamos en Londres, comenzamos una serie de obras multidisciplinarias, pintura, escultura y pintura mural. Esos trabajos fueron presentados en la Bienal de Venecia, Institute of Contemporary Art London, Museum of Contemporary Art Chicago.

Clara Scremini y Gorki Bollar abandonaron el Taller Ámsterdam. En Londres, buscando la renovación del espacio plástico, decidimos la introducción del ser humano en nuestras estructuras que permitiría la libertad y la creación permanente de la obra. En Europa descubrí el movimiento de arte cinético.

Ese vivero artístico en Londres fue fundamental. A partir de ahí consideramos el hombre, en las artes plásticas y un gesto más largo, gradualmente comenzó la música, los textos. Pasamos a ser vistos por distintas organizaciones como artistas plásticos que tocan también el área del espectáculo. Estuvimos invitados por museos, como fue para la Bienal de París. Entramos en el mundo multidisciplinario.

¿Cómo fue la elección de la obra del Taller de Montevideo para representar a Uruguay en la Bienal de París en 1969?

Estábamos en Londres y recibimos un mensaje de Ángel Kalenberg de Montevideo que el «Taller de Montevideo» había sido elegido para representar al Uruguay en la Bienal de París. Recibimos un premio como grupo de artistas. Eso marcó el comienzo del trabajo con París, que continuó hasta el día de hoy.

Elegimos Ámsterdam como lugar para vivir, pero la mayoría de los proyectos se presentaban en París. Después fue Burdeos, muy conocido por el Festival Sigma, famoso como el festival multidisciplinario más importante, junto al Festival de Otoño de París.

¿Por qué elegiste Aquitania para crear?

Ámsterdam fue un período maravilloso, en un momento uno siente que hay que cambiar. Fueron más de 20 años. El trabajo funcionaba muy bien, pero necesitaba un electroshock. Tenía un gran deseo de desarrollar el proyecto, concentrado en producir grandes obras plásticas e instalaciones, en que intervienen músicos, soprano, tenores.

No es una ópera, sino instalaciones y el encuentro con el público. Este lugar lo permite por el espacio. Tal vez idealice este lugar, pero he encontrado en Aquitania una reconstrucción del paisaje de Uruguay, la misma luz, el mismo clima, fisionomía, cierta manera de vida, me hacen pensar en aquel Uruguay -fue una suerte enorme haber nacido allí-, a pesar de los problemas que podían existir, había una enorme energía.

Un paisaje suave, sin montañas que separen. Hay lugares muy planos como los que se pueden encontrar en Uruguay. Ganadería, agricultura, océano. Es la misma distancia del

Ecuador y la misma vegetación. La comunicación es fundamental, la obra no vive si nadie la mira.

Crear el lugar adecuado para tener el placer de crear y que la gente sienta el placer de descubrir tu obra es una historia de amor con Aquitania. Quiero agradecer y dar las gracias a Aquitania por el recibimiento y la hospitalidad de la gente. Aquitania tiene una gran influencia en mi pintura. La gente es el motor fundamental, como mis grandes amores, mi padre, Torres y Gurvich. Esa gente ha sembrado amor que me ha inspirado.

Entre la vida y la creación

Ante la pregunta de cómo definiría su obra, Bergallo respondió que «es el resultado de ese ida y vuelta entre la vida y la creación. Es una energía circular, las cosas se vuelven a utilizar. Como en el ideal ecológico, esperamos que un día el mundo llegue a eso. Por eso dibujo insectos. El reencuentro se ve en la imagen de las dos manos, la mano tendida, la mano que recibe. Las imágenes hablan».

De la cabeza de Gurvich

Al consultarlo sobre cómo nació el Taller de Montevideo, Bergallo dijo que «todo surgió del viaje de Gurvich a Europa y particularmente su deseo de permanecer un tiempo largo en Israel; era el período romántico de los kibutz.

Tenía toda la inspiración para hacer obras murales en esos lugares en donde existía una visión nueva del mundo. Lo perdíamos como maestro, siempre nos decía 'ustedes todavía no están formados'.

Nos proponía, a cuatro alumnos que habíamos quedado de un grupo más grande, mirar unos los trabajos de otros toda una semana, de esa manera trataríamos de reemplazar la contribución del maestro.

Era una idea, tal vez no perfecta, pero la única solución. Fue un voto de confianza. Había dado clases durante más de 20 años y nos dijo: «Si de ustedes no sale algo, dejo todo esto». Ahí viene nuestra contribución, de esta idea generamos una institución.

Al lado del Taller Torres, establecido con renombre no solo en Uruguay sino en Latinoamérica, cuatro personas que no estaban todavía formadas, Clara Scremini, Gorki Bollar, Héctor Vilche y yo, decidíamos organizar un proyecto muy ambicioso.

Tendría las mismas normas que habíamos heredado del maestro Gurvich e indirectamente del maestro Torres García. Había mucha severidad, exigencia, reglas, muchas prohibiciones, creo que fue muy positivo un comienzo tan estricto. La regla era no exponer ni hablar de dinero, el objetivo era trabajar y trabajar».

La primera exposición

«El mundo exterior intervino y a los seis meses de empezar el Taller de Montevideo, el encargado de exposiciones del semanario Marcha, en la calle Rincón, nos propone una exposición.

Había oído que cuatro jóvenes estaban muy activos en la creación artística. Eso provocó muchas discusiones internas, tremendas y violentas. Algunos decían que si fuéramos decentes jamás haríamos eso.

Luego de tanta tormenta se calmaron los ánimos, decidimos que deberíamos dar ese paso. Sabemos que vamos a presentar obras que no son perfectas, son ejercicios que pueden tener algún eco. El espacio era excelente, se realizó la muestra, asistió mucho público, surgieron críticas, uno empieza a existir.

Otros alumnos de Gurvich se unieron a nosotros y eso creó un grupo. El concepto era pasar el conocimiento de lo que habíamos aprendido. Una vez por semana cada uno mostraba los resultados, de esa manera surgió una dinámica muy positiva.

Otra idea era formar encuentros semanales, cada uno de los cuatro era responsable de presentar a los demás una disciplina, literatura, filosofía, música barroca, clásica o jazz. La filosofía era muy importante. Para ser un buen pintor había que tener una vasta visión de todo, ese era el concepto.

Hasta hoy no entiendo porque se nos ocurrió eso, puesto que se nos complicaba todo. Toda esa exigencia nos daba mucho placer, porque sentíamos que el proyecto crecía como una planta. De esa forma cada uno fue tallando su personalidad», contó el artista.